

vianda y sus efectos eucarísticos, es de todo punto indudable que un justo crítico, apartando las imaginativas patrañas de la Sura V del Corán, y colocando en su debido lugar y estado la relación de las verdades evangélicas que contiene acerca del dogma Eucarístico, sabrá afirmar que la biblia musulímica confirma en esta parte el más augusto de nuestros Misterios.

Mas prosigamos. Al comentar los exégetas sagrados del Islam algunas circunstancias de la doctrina en cuestión, se dividen en multitud de opiniones tan absurdas como su pertinaz intento.

Unos opinan que los apóstoles profesaban el oficio de bataneros, otros el de pescadores, aquéllos el de nautas, y éstos el de escribas y consejeros de Jesús. Respecto á la celestial Mesa, si bajó ó no, también varían sus pareceres; unos, como Mogiahed están por la parte negativa, y dan la razón de que Jesús, hijo de Mariem, hablaba por medio de parábolas (1); otros asienten á esta misma opinión, pero añaden que la Mesa no bajó, porque los apóstoles, al oír la dura condición que se les imponía de ser castigados si eran incrédulos, la rechazaron; finalmente, la sentencia más seguida es, que la Mesa bajó efectivamente, según lo testifica el texto coránico; y alguno, como Kaab, afirma que descendió en Domingo, y que por este motivo los cristianos celebran como santo dicho día; otro asegura que semejante doctrina viene tradicionalmente desde Mahomed que la enseñó á sus discípulos. Por último la contienda entre los doctores islámicos acerca de cuáles serían las viandas que bajaron con la Mesa, se dirime por la opinión común de haber sido pan y carne. He aquí reseñadas muchas extravagancias musulímicas, en medio de las cuales resalta siempre el hecho de la cuestión que estamos indagando.

Pero solicito del lector una poca más de paciencia y oirá el fárrago de embrollos evangélico-eucarísticos, que los glosistas del Corán enseñaron á sus gentes. Cuentan algunos

(1) Alude al improvisado festín del mar de Tiberíades. Joan. XXI, 9.

de estos doctores que Jesús, de inmortal memoria, hijo de Mariem, prescribió á los israelitas un ayuno de treinta días, pasado el cual, les prometía que Allah otorgaría en retribución cuanto sus corazones desearan. Practicáronlo así, y solicitaron en recompensa una Mesa del cielo que, en efecto, fué ministrada por los ángeles. Otros comentaristas añaden que Jesús, para satisfacer los deseos de los apóstoles, se cubrió de un vestido áspero, lloró, y, levantando los ojos al cielo, (1) exclamó: Oh Allah, Señor nuestro, envíanos de lo alto una Mesa con manjares, porque tú eres el mejor de los provisos. Al verse obligado Allah, hizo que bajase una Mesa verde y encarnada la cual conducían muchos espíritus angélicos, quienes entre blancas nubes y al compás de pausadas armonías, alababan y daban gracias á Allah. Jesús no pudo contenerse y, hecho un mar de lágrimas, exclamó: Oh Allah, Señor nuestro, haz que nos mostremos siempre agradecidos á tus beneficios; haz con tu omnipotencia que esta Mesa nos sirva para misericordia y no para condenación. Los judíos, al contemplar semejantes prodigios, quedaron estupefactos; mas Jesús, interrumpiendo el silencio que embargaba todos los ánimos, dijo á los apóstoles: Que se levante el más digno y caracterizado de entre vosotros y descubra la Mesa, invocando el nombre de Allah...; empero Simón, que era el decano de los apóstoles, rehusó humildemente, respondiendo á su Maestro que procediera él á descubrirla, pues era el más digno de todos ellos. Vencido Jesús por las reiteradas súplicas de Simón, y después de haber practicado las abluciones litúrgicas, (2) oró largo rato, derramó abundantes lágrimas, dió repetidas gracias á Allah, y luego, usando de ciertas fórmulas, descubrió la Mesa, diciendo al propio tiempo: En el nombre de Allah que es el mejor de todos los nutrientes. Apareció en seguida sobre la Mesa un pez asado (3) sin escamas ni espinas; al lado de su cabeza había sal, junto á su cola aceite y en todo su alrededor, varie-

(1) Alude á las rúbricas que practicó el Salvador para consagrar su Smo. Cuerpo y Sangre. Math. XXVI.

(2) El lavatorio de los pies que describe S. Juan.

(3) Alude de nuevo al festín del mar de Tiberíades.

dad de especias y hortalizas. Preguntó Simón al hijo de Mariem: ¿Acaso este alimento es de este mundo ó del otro?; mas Jesús contestó:—No digáis si es de aquí ó de allí, sino que Allah lo ha preparado con su omnipotencia. Pretendieron aún los apóstoles otro milagro, y fué que reviviera el pez; mandóselo Jesús y al punto volvió á su primer estado. Satisfecho el deseo de los discípulos, el hijo de Mariem impuso de nuevo al pez que tornara á la forma de antes; así se realizó en efecto, por lo cual, los apóstoles dijeron á Jesús: Oh espíritu de Allah, come tú primero del pez y luego satisfaremos nosotros nuestra hambre; pero Jesús manifestó que le estaba terminantemente prohibido; en vista de lo cual rehusaron comerlo también los apóstoles. No se desanimó el hijo de Mariem al ver la negativa, antes bien, llevado de su ardiente celo, llamó á los enfermos, mutilados, débiles y demás pobres necesitados y les dijo: Comed en el nombre de Allah, (1) pues á vosotros os servirá este manjar de provecho y á los demás de ruina. Después que hubieron comido y se hubieron saciado trescientas personas entre hombres y mujeres, Jesús volvió la vista al pez y lo halló tan entero como si jamás lo hubiesen tocado (2). En el mismo instante la célebre Mesa fué arrebatada á los cielos por misteriosa mano, lo cual contemplaron millares de personas... Cuantos saborearon la celestial comida sintieron maravillosos efectos, pues los enfermos sanaron, los ancianos rejuvenecieron, los pobres enriquecieron, los afligidos se aliviaron y los viciosos mudaron de vida, permaneciendo en tales prerrogativas hasta el postrer suspiro... Hasta aquí los doctores del Islam.

Pero ¿puede verse mayor confusión de hechos evangélicos, mayor algarabía en el modo de la descripción y mayor insulsez y hasta menos lógica en la manera de contarlos? Hasta aquí llega, pues, toda la ciencia de los musulimes; empero en medio de todo, según he advertido ya, el Misterio sacrosanto de la Eucaristía, con sus símbolos, con su mate-

(1) Alude al cap. XIV de S. Lucas.

(2) Véase el cap. VI de S. Juan, al que sin duda se refiere.

ria, con su institución, con sus efectos temporales y eternos y en su modo de ser, brilla de un modo no común, de una manera no ordinaria para la inteligencia de un competente apreciador de las cosas.

## X

Sin embargo; todavía resplandece más este Misterio eucarístico en el culto del judaísmo moderno. No mentemos una palabra siquiera acerca del sacrificio de los israelitas antiguos, porque, según hemos observado, procediendo este sacrificio de un mandato expreso de Dios, claro es que había de simbolizar el Sacrificio de Jesucristo; ni describamos tampoco el orden con que habían de ofrecer dicho sacrificio al Señor, porque seríamos prolijos; pero sí anotaré la diferencia que se observa entre el culto de los judíos antiguos y el de los modernos, y que Maimónides (siglo XII) en su odio contra la Religión y culto católico, pretendió borrar el simbolismo eucarístico destacado brillantemente en el libro del Levítico. Mas no valió á Maimónides conato semejante; porque después de arreglar su plan dogmático y disponer su método de sacrificio, vino á hacer constar que el sacrificio que él proponía á los judíos, si no era enteramente idéntico al antiguo, le servía al menos de confirmación palpable. Y con efecto. Las únicas reses que el Levítico permitía para celebrar los holocaustos eran becerros, machos cabríos, cabras y corderos sin defecto, y en cuanto á los volátiles únicamente eran permitidas las tórtolas y pichones: pero Maimónides, imitando las costumbres de los paganos y muy especialmente de los pitagóricos, ordenó que se sacrificase al Señor un gallo y un pollo, y de todos éstos prefería los blancos. El israelita al querer practicar el sacrificio de expiación, toma el gallo con la mano derecha y dice: «Alma por alma». Á continuación ejecuta breves ceremonias y pronuncia algunas oraciones, por las que pretende indicar que la sangre que derrama el gallo ó pollo sirve de expiación de sus propios pecados. Con todo este fárrago de ceremonias, los hebreos no hacen más que acreditar que existe un ver-

dadero sacrificio que puede borrar los pecados; pero nadie puede borrar los crímenes sino Jesucristo, y nosotros confesamos que Él instituyó un Sacrificio incruento que continúa la acción total del Sacrificio de la cruz: luego los modernos israelitas, aun con toda su cruel saña contra nuestra Religión y culto, no han hecho más que confirmar el Sacrificio eucarístico del cual han sido imperfectos imitadores, ya que tomaron de él y del sacrificio levítico toda la idea de expiación y sacrificio.

Mas dejemos á estos desdichados para dirigir nuestra mirada á los protestantes.

### XI

Quien no ignore las violencias de Lutero y de los innovadores tocante á las sagradas escrituras y particularmente respecto al culto de la Eucaristía, sabrá también que, á pesar de las reformas hechas sobre el Sacrificio, han venido á dar solemne testimonio del dogma católico-eucarístico. Empezando por aquel heresiarca, que sustrajo de la Misa cuanto convino á su orgullo personal, añadiendo en su lugar cánticos arbitrarios, podremos asegurar que, aun cuando proscribió el canon, dejando únicamente la consagración al modo que lo usa la Iglesia Católica y prohibió la elevación, no hizo otra cosa que confirmar la verdadera tradición eclesiástica, pues él fué el que innovó y no la Iglesia Católica que poseía el dogma tan puro como salió de la boca del Redentor. Los demás reformadores, cada cual según su capricho ó espíritu ambicioso, aumentaron, disminuyeron, quitaron, añadieron, negaron ó afirmaron, según las circunstancias les favorecían, como si el asunto fuera un juego de niños, pero todos disertaron en pro ó en contra del Sacramento y Sacrificio del Altar, tomando por base el dogma católico-eucarístico que bebieron en las fuentes del Bautismo. De aquí la encarnizada guerra sacramentaria, ya que todo discípulo se erigía en maestro y contradecía al que le había enseñado; de aquí las multiplicadas creencias y artículos que todos intentaban suplantar á la antigua profesión de fe,

concluyendo por no entenderse ninguno, pues á la verdad, ninguno había procedido con sinceridad. De lo cual resultó que, aun en medio de esa misma agitación de ideas, de múltiples doctrinas y argumentos arteros, se veía descollar la pureza del dogma católico, la verdadera creencia sobre el Sacramento de los altares, ya que toda aquella lucha sacramentaria, observada imparcialmente, no fué más que una seria contienda en la que todos deseaban coger la presa, mas ésta se había deslizado de sus manos para refugiarse en las de su dueño legítimo, la Iglesia Católica.

### XII

Con mayores voces cantan los francmasones la pureza del dogma Eucarístico. En efecto; los francmasones, nietos de los protestantes é hijos de los liberales, niegan absolutamente el augusto Misterio de nuestros altares. Pero no se contentan con esta brutal negación; van más adelante, siendo cogidos en el mismo lazo que procuran lanzar al mar del mundo para envolver á los miserables. Á cada paso tienen en sus prácticas representaciones y alusiones al Deífico Sacramento. Los hermanos .: de los tres primeros grados del rito escocés contemplan un cuadro en que se dibuja un Cristo-Sol, según ellos lo apellidan, el cual tiene á sus lados una cepa y una espiga de trigo, símbolos de la Eucaristía. Usan de solo pan y vino en ciertas cenas masónicas, lo cual llama mucho la atención, ya que estamos en unos tiempos en que reina el sibaritismo. En la agapa ó banquete que celebran la noche del Jueves al Viernes Santo, á más de pan y vino es un cordero el que se sirve á los iniciados. En sus banquetes reparten ese pan y ese vino masónicos, profiriendo por medio de los venerables .: de sus inmundas logias las mismas palabras que usó Nuestro Señor Jesucristo en la noche de la cena. Manifiestan en sus libros el odio satánico que profesan al Deífico Sacramento; y por medio de individuos á quienes ofrecen dinero, quebrantan los sagrarios católicos, roban sacrílegamente las sagradas Hostias, las conducen á sus infernales antros, blasfeman de ellas, las escupen, pisotean y

profanan de tal manera que la pluma se resiste á consignarlo. Ahora bien; si los francmasones no creen en la Divina Eucaristía, como no creen nada del orden sobrenatural, ¿qué necesidad tienen de profanar tan descaradamente las santas Hostias y los emblemas que á ella respectan?; si para nada gustan de un Misterio tan sagrado, ni siquiera debían mentarlo, ni recordarlo á sus iniciados, porque por este mismo hecho se condenan. Alguna cosa poderosa vislumbran en este Misterio contra el que tan rabiosamente se desatan en improperios y baldones; alguna rémora experimentan en el Sacramento del amor, cuando á todas horas blasfeman de Él: luego por esto mismo manifiestan que existe algo en el Sacramento, y que á causa de ello no pueden vivir con sosiego; sienten una espinilla en lo más hondo del alma, y es el Sacramento del Altar al cual no pueden remover ni de las inteligencias católicas, ni menos del siglo, ni mucho menos de su memoria. Si el Sacramento divinísimo es nada, si es tan despreciable, lo mejor sería que guardasen profundo silencio á fin de que fuera olvidado de todos; pero no pueden callar porque ven *algo* en el Misterio de amor, y este *algo* no es otra cosa que la existencia de la Eucaristía, confesada por todo el mundo católico; luego el francmasón y su secta, á pesar de rechazar á Cristo Sacramentado, le predica, le canta, le alaba con el mismo trabajo que emplea para negarle y denostarle.

## XIII

En conclusión: las religiones apócrifas, aun en medio de todas sus necias supercherías, sirven unas de veloces mensajeras que llevan á la humanidad el glorioso vaticinio del dogma eucarístico, y otras de lindas cortesanas que acompañan á este mismo Sacramento cuando es ostentado en toda su grandeza, y le siguen siendo testigos de las huellas que dejara á su indeleble paso. El Magismo le anuncia en lontananza con preciosos emblemas, que aunque raros, suficientes, empero, para el conocimiento de los patriarcas; el Brahmanismo, adivinando los amorosos cantares del mo-

LA EUCARISTÍA Y LAS RELIGIONES APÓCRIFAS 401  
narca Salomón, le profetiza, como saltando montes, atravesando collados y acechando por las celosías seculares de los tiempos; el Mazdeísmo, adelantándose á los profetas, predice el augusto sacrificio de nuestros altares y los efectos de un Sacramento de amor; el Confucionismo y el Budismo, en sus cortos conocimientos eucarísticos, pretenden dar ósculo de paz á la misma verdad, declarada y confirmada en los fastos evangélicos; el rabinismo musulmánico manifiesta á las generaciones venideras que el Misterio adorable del Altar pasó por entre las espesas nieblas de las supuestas religiones y de las arteras herejías, y más aún por entre ella misma, dejándolas burladas en el asqueroso fango de sus fábulas; el judaísmo, respetando los sagrados Libros del Antiguo Testamento, apoya y confirma las bellas figuras eucarísticas; la mal llamada Reforma, en todas sus fases, le alza sólida columna de doctrina católico-eucarística, al conservar el sacrificio del altar; el negro masonismo grita despechado desde lejos que ha visto pasar al Sacramento santísimo, pero que reniega de Él para siempre, y con esto le declara elocuentemente; todas las religiones y sectas, en fin, predicán desde elevadas cimas las prerrogativas de un Sacramento que sólo el Hijo de Dios quiso revelar á su amada Esposa, la Iglesia Católica.